

CELCIT. Dramática Latinoamericana 529

LA CATEDRAL SUMERGIDA

Enrique Papatino (Argentina)

PERSONAJES:
WALDO
ANA
JULIA

Uno
CASA DE WALDO

*Ana luce demacrada.
Sentado a la mesa, Waldo revisa una carpeta de cuero. Luego la deja y hojea
una pila de papeles, tratando de leer y sin lograrlo.*

ANA
Si suspendieras el café de noche.

Silencio

WALDO
No sabría vivir sin el café de noche.

Waldo trata de volver a su lectura.

ANA
Cada vez dormís menos.

WALDO
No es por el café.

Waldo lee.

ANA
Hay algo que nunca te conté.

WALDO
(Sin dejar de leer) ¿A ver?

ANA
Cuando tenía 10 años aprendí a levitar.

WALDO
Es cierto. Nunca me lo contaste.

ANA
Me enseñó mi tío Aníbal.

WALDO
¿Aníbal sabía levitar?

ANA
No. Era un cuentero. Pero yo era obstinada. Aprendí igual.

Waldo no ha apartado la vista del manuscrito.

¿De quién es?

WALDO
Uno nuevo. Escribe bien.

ANA
Si escribiera bien estarías leyendo.

WALDO
Si habláramos menos estaría leyendo.

ANA
Hablemos menos.

WALDO
Sí.

Silencio. Mira las hojas. Las deja. Mira a Ana.

ANA
¿Qué pasa?

WALDO
Te miro

ANA
Estoy muy delgada.

WALDO
No.

ANA
Piel y hueso.

WALDO
Siempre fuiste delgada.

ANA
(Tocándose suavemente) Nunca tanto como ahora.

WALDO
Será la ropa.

ANA
Me estoy consumiendo.

WALDO
Es la ropa. En el siglo dieciocho no te pasaría. Es falso que fueran todas
rellenitas. (Contundente) Era la ropa.

ANA
No parece posible.

WALDO
¿Por qué no vamos al siglo dieciocho?, vas a ver que con un buen miriñaque
arreglamos todo.

ANA
Estoy muy bien en este siglo.

Pausa. Waldo la mira, inexpresivo.

Y si no estoy bien no es por el siglo.

Waldo la sigue mirando.

Terminala. No quiero ir al siglo dieciocho.

WALDO
Yo sí. Lo que necesito es viajar en serio. Si se comprueba la teoría del agujero
de gusano estoy salvado.

ANA
¿Qué vas a hacer en el siglo dieciocho?

WALDO
Escribir, en vez de editar textos de perejiles.

ANA

Eso podés hacerlo en este siglo.

WALDO

Ya ves que no puedo.

ANA

No podés porque te la pasás editando textos de perejiles.

WALDO

Es lo que acabo de decir.

ANA

Dejás a los perejiles y te ponés a escribir.

Pausa.

Además en el siglo dieciocho yo no estaba.

WALDO

Te estoy diciendo que vengas conmigo.

ANA

Ni ebria ni dormida.

WALDO

Ebria no. Pero parece que en la NASA te duermen. Hay que viajar hibernando.

ANA

Levitando vaya y pase, pero ¿hibernando?

WALDO

La NASA es muy estricta al respecto.

ANA

Y te manda por un agujero de gusano.

WALDO

Exacto

ANA Es porque no quiero saber nada con los gusanos que estoy con vos.

WALDO

Pero si no querés venir conmigo.

ANA

Te digo que no quiero saber nada con los gusanos.

WALDO

Es un nombre que le pusieron para la divulgación científica. El espacio-tiempo se pliega y se puede ir por un atajo. Al atajo ése le dicen agujero de gusano.

ANA

Siempre buscando atajos. Por eso no escribís. No te querés embarrar en el quilombo. Para vos el caos creativo es malasangre.

WALDO

Para todos el caos creativo es malasangre. Si no vení conmigo al siglo dieciocho y preguntale a Mozart, a Vivaldi, a Beethoven.

ANA

Casi todo Beethoven es del siglo diecinueve. No digás disparates. Además no hablamos ni alemán, ni italiano. ¿Cómo querés que les pregunte?

WALDO

Bueno, inglés hablamos. A ver... preguntémosle a Haendel.

ANA

Todos músicos, cobarde. Pero ni un escritor. Por eso querés ir al siglo dieciocho. En el reino de los ciegos el tuerto es rey. No querés competencia

WALDO

¿Cómo que no? En el siglo dieciocho tenés a Jonathan Swift.

ANA

Swift estaba loco.

WALDO

Pero sabía de viajes...

Se miran. Ambos juegan a no reírse de las pavadas que están diciendo.

Pausa.

ANA

Lástima que no hablamos francés.

WALDO

¿Por?

ANA

Imaginate conocer a Voltaire.

WALDO

¿Por ese sí te engusanás?

ANA
Y...

Waldo sonríe, leve.

WALDO
Hoy tenés mejor semblante.

ANA
Si así fuera no querías mandarme a otro siglo.

WALDO
Quiero mandarnos, que no es lo mismo. Y te digo que tenés mejor semblante.

ANA
Te parece. Será la luz.

WALDO
No es la luz.

ANA
Dormís tan poco que ves mal y hablás pavadas.

*Waldo abandona el manuscrito y se echa en el sillón.
Si suspendieras el café de noche.
Silencio.
Waldo se quita los anteojos y se deja llevar por la modorra.
Ana se sienta a su lado.*

Dos
BAR

*Waldo con el alto manuscrito sobre la mesa, muy concentrado en la lectura.
A un costado un pocillo de café vacío.
Entra Julia con su cartera al hombro. Se acerca a la mesa de Waldo*

JULIA
Perdóneme. La mesa estaba ocupada.

WALDO
(mirando alrededor) ¿Por quién?

JULIA
Estaba yo sentada aquí.

WALDO
(Mirándola apenas) Ahá.

Waldo vuelve a la lectura

JULIA

Perdóneme. Le dije que estaba yo sentada aquí.

WALDO

Es cierto. Me lo dijo.

JULIA

¿Puede hacerme el favor de ir a otra mesa?

WALDO

¿Cómo dice?

JULIA

Si puede hacerme el favor de ir a otra mesa.

WALDO

Me disculparé. Estoy muy ocupado. En casa no puedo trabajar. Así que, ya ve.

Waldo vuelve a la lectura. Julia se cruza de brazos.

JULIA

Le estoy pidiendo educadamente que se mueva a otra mesa. Fui un momento al tocador y al volver me encuentro con que usted ocupó mi lugar.

WALDO

No es su lugar, porque no había rastros de usted, señora. Nada indicaba que el lugar estuviera ocupado. Yo, en cambio, sí estoy ocupado. Me disculparé.

JULIA

Ahí tiene mi pocillo.

WALDO

(Mirando el pocillo) ¿Y qué quiere que haga?

JULIA

Usted no comprende. Si me siento en otra mesa debo pagar otro pocillo.

WALDO

Yo le pago éste. Déjeme trabajar por favor.

JULIA

Pero ¿quién se ha creído que es?

WALDO

Soy el que llegó al bar y se sentó en una mesa vacía, con un pocillo vacío, a tratar de trabajar, siendo que no puedo hacerlo en mi casa. Soy el que no puede trabajar tampoco aquí porque una dama inoportuna me lo impide. Soy

el que va a pagar este pocillo que no consumí, al solo efecto de que la dama pueda ocupar la mesa que más le guste, y pueda finalmente dejarme trabajar en paz. En paz.

JULIA

(Leve, por los manuscritos) ¿Usted es escritor?

WALDO

¿Qué le importa?

JULIA

O profesor. Parece profesor.

Waldo se quita los anteojos y se refriega la cara, hastiado.

WALDO

No soy profesor.

JULIA

De la que se han librado sus alumnos.

WALDO

Señora...

JULIA

Porque con esa imagen tan académica, cualquier ingenuo puede suponer que usted es una persona educada. Y no que, como podemos ver, parece criado en una caballeriza.

Waldo intenta hablar. Julia alza una mano y lo impide.

Y sepa que estoy habituada a los caballos. Mi padre tenía un establo. Y sin embargo ningún animal es portador de tanta bestialidad como usted, que, en esa pequeña, muy pequeña cabecita de mierda, por planear su muy pequeña tarde de lectura, agravia los derechos de los demás. Ser psicópata, querido mío, es un camino sin retorno. Le aconsejo que se lo piense.
(Progresivamente iracunda) Porque si persiste en esta actitud, su vida está destinada a la soledad, al barro, al fracaso, a la vulgaridad. Hipócrita ridículo. Usted es la mejor prueba de que Dios tiene sentido del humor. Payaso. Palurdo. Imbécil congénito. Misántropo. Infeliz. Idiota. Parásito. Rastrero. Mugriento. Ignorante.

En el gesto perplejo de Waldo quiere casi dibujarse una sonrisa.

Pausa. Julia, altiva.

¿No me iba a invitar un café?

Tres
CASA DE WALDO

*Ana recorre la habitación de lado a lado. Desaparece. Luego vuelve a entrar, mirando hacia atrás. Vuelve a desaparecer.
Waldo entra desde la cocina. Parece estar buscando a alguien. Permanece un instante quieto. Mira los manuscritos sobre la mesita. Se sienta.
Comienza a hojear los manuscritos, sin interés ni concentración.
Debajo de ellos permanece la carpeta de cuero. Sin ser tocada
Entra Ana nuevamente
Pausa.*

ANA
Hay algo que nunca te conté.

Pausa. Waldo tarda en aceptar el juego.

WALDO
A ver.

ANA
Hice un curso de buzo.

WALDO
¿Cuándo?

ANA
Cuando nos casamos.

WALDO
(Casi indiferente) ¿Y salió caro?

ANA
Sí. Lo pagué con tu tarjeta. Lo tomé por regalo de bodas.

WALDO
Pero te regalé un escúter para el casamiento.

ANA
No me gustaban los escúters.

WALDO
En ese entonces no sabía.

ANA
Reparé tu error. Tomé clases con Eloy Puente. Me invitó a hacer investigación arqueológica submarina. Le dije que era una mujer casada.

WALDO
Y qué tiene que ver que fueras casada.

ANA

Me di cuenta de la clase de investigación submarina que pretendía.

WALDO

(Que mueve la cabeza en señal de entender) ¿Y no te dio por seguir?

ANA

No me animé a confesarte que era una buzo experto.

WALDO

¿Y por qué ahora?

Ana se dirige a la carpeta de cuero. Waldo la quita de su vista

ANA

Porque mi vasta experiencia te puede servir en la novela de la ahogada.

Waldo se hastía.

Pausa. Ella se frota los hombros. Waldo lo advierte.

WALDO

Debe hacer frío acá.

ANA

¿Tenés frío?

WALDO

No. Yo no.

Waldo piensa un instante.

Tu experiencia de buzo no me sirve para viajar. Estoy indagando como opción posible la traslación cuántica. Aparecerme ahora mismo en lo alto del Everest.

ANA

Hace frío.

WALDO

Te dije. Cerremos la ventana.

ANA

(Hastada) Acá no. En lo alto del Everest hace frío.

WALDO

Pero no vamos a negar que aparecerme de golpe sería asombroso.

ANA

¿Cuánto duraría el asombro?

WALDO

Con suerte, mucho.

ANA

Nada dura mucho. Ni siquiera un buen viaje.

WALDO

El mayor capital que tiene un viaje es el asombro.

ANA

Sos medio tonto y no te das cuenta de las cosas. Si vas a viajar, viajá en serio.

WALDO

Conozco cincuenta ciudades.

ANA

Eso no es viajar en serio.

WALDO

Ir al pasado quedamos en que tampoco.

ANA

Un viaje. Viajá con los dedos, con las palabras. Yo te acompaño. Te entrego entera mi experiencia submarina.

WALDO

No tengo estómago para terminar la novela de la ahogada. No puedo escribirla. Se acabó.

ANA

Creía que se acababa cuando la terminabas.

WALDO

¿De dónde sacás eso?

ANA

Siempre decís eso. (Pequeña pausa. Lo mira) ¿Querés que te diga que sos un inútil? Muy bien, sos un inútil. Ahora, si querés que te compadezca estás jodido. Andá con eso a otro lado. Sos como un nene que se dio un porrazo y ahora quiere llorar, quiere que le digan que tiene fiebre y que puede faltar al colegio. Es muy sencillo. No podés terminarla. Ni siquiera te sentás a leer lo que ya está escrito pero no podés terminarla. Allá vos.

WALDO

Sabés bien por qué no puedo.

ANA

¿Quieres ser un fracasado? Dale nomás. Pero no me vengas con jueguitos. No me gustan los que aceptan el fracaso sin hacer nada.

Pausa. Waldo regula.

WALDO

A quién le importa una mujer que se ahoga.

ANA

Ponela a cantar.

WALDO

¿Para qué?

ANA

Para honrar el asombro.

WALDO

Es inverosímil cantar bajo el agua.

ANA

Eso es lo que vos te creés, estúpido.

WALDO

(Lejano) Sos encantadora.

ANA

¿Recién te das cuenta?

Pausa.

WALDO

No se entiende, no funciona. Nunca va a ser una novela. Puedo estar años sin resolverla.

ANA

¿Y cuál es el problema?

WALDO

No puedo convivir durante años con un personaje así.

Pausa.

ANA

(Seca). Revisá tus opciones. A lo mejor te conviene cambiar de personaje.

WALDO (Taxativo) Esos, ¿ves?, son los atajos que no me gustan.

Ana queda en silencio, mirando al vacío.

Waldo vuelve a la lectura. Se da cuenta de que concentrarse es imposible. Luego de un momento Ana se le sienta al lado y deja caer una lánguida sonrisa triste.

Waldo mira el reloj.

WALDO
Me tengo que ir.

ANA
¿Ya?

Waldo se incorpora. Levanta el grueso de los manuscritos, pero luego los deja. Toma la campera. Mira a Ana en silencio. Ella lo saluda apenas con la mano y vuelve a dejarla caer.

Cuatro
BAR

*Waldo y Julia, sentados uno frente al otro.
Ninguno sabe cómo disparar la charla. Finalmente:*

WALDO
¿A qué te dedicás?

JULIA
No. No me parece un buen comienzo de la conversación.

WALDO
Bueno, el otro día me preguntaste si era profesor.

JULIA
Estaba segura de que no eras profesor.

Pausa

WALDO
Puedo decirte a qué me dedico, si te interesa.

JULIA
Algo te pasa con las profesiones.

WALDO
¿Y cómo sería un buen comienzo de la conversación, a ver?

JULIA
No te la pongas tan fácil.

WALDO
¿Estás con alguien?

JULIA
(Disconforme con la pregunta) Mmm.

WALDO
¿Tenés hijos?

JULIA
Mal.

WALDO
¿Por qué venís a este café?

JULIA
Peor.

Pausa

WALDO
¿Te gusta la aurora boreal?

JULIA
¿Cómo voy a saber eso? No vivo en el polo.

WALDO
Ni te interesa romper el hielo.

JULIA
Nunca vi una aurora boreal.

WALDO
Yo tampoco. Y me encanta la aurora boreal.

JULIA
No idealices. Si algún día la ves te vas a decepcionar.

WALDO
Sin imaginación no vamos a ningún lado.

JULIA
Parece que esta conversación no quiere empezar.

WALDO
Eso sí es ponértela fácil.

Pausa.

JULIA
¿Para qué me hiciste venir?

WALDO
Para viajar. Necesito viajar.

JULIA
¿Y yo qué tengo que ver? Tomate un avión.

WALDO
No me refiero a ese tipo de viaje.

JULIA
No soy drogadicta, ni dealer.

WALDO
Tampoco me refiero a eso.

Pausa. Julia, firme.

JULIA
Decime para qué me llamaste.

WALDO
(Lento) Necesito alguien que me ayude a viajar.

JULIA
Puedo mandarte a la mierda ya mismo. ¿Te parece un lindo modo de ayudarte a viajar?

WALDO
Es posible.

JULIA
¿Querés que pruebe?

WALDO
Hacé lo que quieras. Me parece más sencillo que me digas a qué te dedicás.

JULIA
¿Y con eso vas a viajar?

WALDO
No lo sé. Probemos. ¿A qué te dedicás?

Pausa. Waldo está tranquilo, pero pareciera que Julia está por estallar. Respira con los dientes algo apretados. Luego de un momento responde.

JULIA
Soy referí de boxeo.

Pausa. Waldo la mide.

WALDO
Oficio duro para una mujer.

JULIA

Eso es un prejuicio misógino. Es un trabajo como cualquier otro.

Pausa.

WALDO

¿Sos de los que permiten tortazos o de los que por cualquier sopapo medio mal dado te paran la pelea?

JULIA

Por mí, que se maten. Pero hay reglas, como en todo.

JULIA

Lo necesario. (Ágil) Tu turno.

WALDO

Bien.

Pausa

JULIA

¿Qué hacés vos?

WALDO

Vendo ballenitas en el subte.

JULIA

¿Todavía se usan ballenitas?

WALDO

Ni te imaginás.

JULIA

Mirá vos. ¿Y se gana?

WALDO

Y... Estoy por pagar un viaje en transbordador.

JULIA

Epa. Eso es caro.

WALDO

Impagable para la mayoría.

JULIA

¿Y no tenés miedo de volar por los aires?

WALDO

Bueno. De eso se trata.

JULIA
Me refiero a explotar en mil pedazos.

WALDO
Sin temor no hay aventura.

JULIA
¿Y tenés plata para ir con acompañante?

Silencio

WALDO
¿Querés venir?

JULIA
El boxeo no da para tanto. Tendrías que invitarme.

WALDO
¿Y no tenés miedo a explotar en mil pedazos?

JULIA
(Suficiente) No.

WALDO
No sé si la NASA acepta referís de boxeo.

JULIA
Que traten de pararme.

WALDO
¿Los referís también reparten tortazos?

JULIA
Si es necesario.

WALDO
Debería consultar con el capitán Wells. Si fueras... (duda) una... académica respetada, una profesora de lingüística, por ejemplo, por ahí te aceptaban sin que tengas que andar agarrándote a las trompadas.

*A Julia, perpleja, le cambia el rostro.
Deja una pausa*

JULIA
¿Cómo sabés eso?

WALDO
¿Qué?

JULIA
Mi profesión.

WALDO
Hoy en día es muy fácil. Internet.

JULIA
¿Y quién te dijo que podías investigarme?

WALDO
Internet es libre, mujer.

JULIA
¿Cómo me encontraste?

WALDO
Soy bueno. Tenés que reconocerlo.

JULIA
No sabía que los editores de libros eran también hackers.

Pausa. Waldo sonríe.

WALDO
Touché.

JULIA
Tenía razón. Sos un imbécil.

Pausa. La sonrisa de Waldo desaparece.

¿Para qué me pedís que te ayude a viajar?

WALDO
Porque necesito alguien que me ayude, ya te dije.

JULIA
Pero resulta que me tenés bien investigada.

WALDO
¿Y con eso?

JULIA
Que tenés los pies bien pegaditos a la tierra.

WALDO
Bueno, vos también me investigaste.

JULIA

Pero eso es porque necesito saber si detrás de esa carita de imbécil no se esconde un depravado. Tengo ganas, sí, pero no con cualquiera.

Pausa larga.

Waldo baja la vista, se quita los anteojos.

WALDO

Perdón. Tenés razón.

JULIA

Claro que tengo razón.

Pausa.

WALDO

Te agradezco la confianza. Tengo que decirte que no soy la persona que estás buscando.

JULIA

Yo no estoy buscando a nadie.

WALDO

Perdón si malinterpreté.

JULIA

Tengo ganas. Pero no estoy buscando a nadie. Es inútil buscar incluso si se tienen ganas.

WALDO

Eso es bastante cierto.

JULIA

Y si en algo tenés fugazmente razón, es en que, si estuviera buscando, de ningún modo serías vos.

Julia guarda sus cosas en la cartera dispuesta a levantarse.

WALDO

Eso me tranquiliza.

JULIA

Imbécil.

Julia se pone de pie, guardando sus cosas, atolondrada por la furia.

WALDO

Tengo que decirte una cosa más.

Julia mira el reloj.

JULIA
Tenés un minuto.

WALDO
Sobra.

JULIA
Habla.

Pequeña pausa. Waldo sonríe.

WALDO
Me gusta el modo en que decís “imbécil”. Te parás en la “m”, para que el resto de la palabra salga disparada, hiriente, descontrolada, llena de pólvora. “Immmmbécil”.

*Julia lo mira a los ojos, volando de ira. Luego, enfáticamente, se levanta y se va. Se lleva por delante la silla. Vuelve para levantarla. Finalmente, no la levanta y desaparece.
La sonrisa de Waldo se esfuma.*

Cinco
CASA DE WALDO

*Ana sola, mira por la ventana.
Se escucha el sonido de chiquitos jugando. Ana ríe.
Entra Waldo. Apenas si la registra. Se quita el abrigo. Los manuscritos reposan sobre la mesa. Se sienta, presuroso por ocuparse. Abre los manuscritos en la mitad de la pila.*

ANA
¿Hoy tampoco pudiste trabajar afuera?

La actitud de Waldo es suficiente respuesta.

Son demasiadas señales.

WALDO
¿De qué?

ANA
De que se te da mejor trabajar en tus textos que en los ajenos.

WALDO
Nadie vive de la literatura.

ANA

Te puedo mencionar a unos cuantos

WALDO

Los objetos de consumo no son literatura.

Waldo se entrega a la lectura.

ANA

¿No te gusta Raymond Chandler?

WALDO

¿Qué estás preguntando?

ANA

Si no te gusta Raymond Chandler. O ahí está. Agatha Christie. ¿No te gusta Agatha Christie?

WALDO

(Pretendidamente atareado, molesto) No sé, Ana. Si... (Pausa) No sé si tiene lo que espero encontrar en un libro.

ANA

Claro. Para eso es preferible no encontrarlo en libros de escritores mediocres.

WALDO

Me pagan para eso.

ANA

Sos un pequeño mercenario, entonces, un fenicio.

WALDO

Si así fuera escribiría objetos de consumo.

ANA

¿Cuál es la diferencia entre seleccionar textos vendibles o producirlos?

WALDO

Que no los escribo yo.

ANA

Pero hacés que se publiquen.

WALDO

Es mi trabajo.

ANA

Tu sentido de la autoexigencia es un poco gimnástico.

WALDO
Soy solamente un empleado.

ANA
Un empleadito.

WALDO
Pero no soy un mercenario.

ANA
Peor que eso. Vas a vivir pensando en cómo se paga la factura de la luz.

WALDO
Como todo el mundo, Ana.

ANA
Algunos suertudos pueden hacer otra cosa.

WALDO
Y vos suponés que soy un suertudo de esos.

ANA
No lo supongo.

WALDO
(Malicioso) Ah, bajó Joseph Conrad y me tocó con la varita.

ANA
Sí. Pero parece que te da lo mismo.

WALDO
(Progresivamente violento) Sí, claro. Tengo tantas ideas que ya no sé cómo escribirlas. Se me confunden en la cabeza. En este momento diecisiete historias potentes pugnan por tomar forma. Tengo una cola de personajes esperándome para que les dé la vida. Soy un Dios. Decido quién vive y quién queda en el limbo. Y como soy un Dios malvado, como aquél que inundó la tierra en el mayor genocidio conocido, decido el aborto de todos los que ruegan por un minuto de vida. Sí, señor. La muerte de la imaginación es un gran comienzo. No te dejes amedrentar por las apariencias. La gloria a todos los mediocres. (Levanta las hojas por los aires) Ellos son muestra única esperanza.

*Las hojas caen desordenadamente al piso.
Gran pausa.*

Ana mira fijamente a Waldo. Éste, venciendo su exabrupto se deja caer en el sillón. Se toma la frente un instante. Comienza a hablar tratando de no dejarse ganar por la pena, sorteando las palabras con mucho cuidado, como si se tratara de un campo minado.

Me hubiera gustado que me hicieras una torta de ciruelas. Y que te sentaras conmigo a comerla fría, con café negro. Vale la pena el invierno si hay algo así para comer a la tardecita, cuando el sol nos abandona. Es un placer chiquito, franco, que se contagia a todo el cuerpo. Detrás del vidrio puede llover, el hogar puede estar encendido. Por un momento uno no se da cuenta de lo que puede perder. Nos deslumbra la tarde huyendo despacio. Y nosotros ahí, detenidos, dejando que la tarde se vaya sin remedio, con el café calentito, y un bocado de torta, juntos, sin reconocer que la torta, el café, la tarde y la vida se consumen, sin reconocer que el tiempo es una ilusión que se termina.

Ana no ha dejado de mirarlo fijamente.

ANA

En invierno no hay ciruelas.

Waldo se quita los anteojos y se toma los ojos con el pulgar y el índice de una mano.

Y el tiempo siempre se esfuma. Harás con él lo que puedas.

WALDO

No quiero seguir con esa novela. Sería hundir el cuchillo donde más me duele.

ANA

A lo mejor es la única manera de sanar.

WALDO

Estoy harto del dolor.

ANA

Sin dolor la vida no tiene sentido.

WALDO

Entonces vivir me importa una mierda.

Pausa. Ana sale en silencio. Waldo no lo advierte.

Haceme un favor. Dejame un rato solo.

Waldo descubre que Ana ya ha salido. Desahuciado, se pone a levantar las hojas del piso.

Seis
BAR

Julia y Waldo en el bar. Silencio incómodo. Luego:

WALDO

Tengo un alto concepto de mí mismo. Es decir, padezco una forma elaborada de necesidad. Pero como bien decís, no tengo por qué agarrármela con los demás. Parecés una buena persona. Y yo no soy un buen tipo.

JULIA

Parecés buen tipo.

WALDO

Todos los tipos de mierda parecemos buenos tipos. Si no, no funciona.

JULIA

Eso corre también para nosotras.

WALDO

Llegado el caso.

JULIA

¿Y por qué no sos buen tipo?

WALDO

Supongo que no me sale.

JULIA

Quiero decir, ¿qué te hace creer eso?

WALDO

Bastará revisar el modo en que te traté.

JULIA

No es suficiente. No te hace mal tipo obrar como un auténtico idiota.

WALDO

Gracias.

Pausa.

JULIA

Tenés una depresión que se ve a dos cuadras.

Pausa. Waldo se incomoda.

Uno no se deprime porque sí.

WALDO

No quiero hablar de eso.

Julia, ágil, cambia de registro.

JULIA

Ni quiero que me lo cuentes. Ahorrémonos ese momento penoso. No sé por qué nos creemos que la tristeza nos acerca. La tristeza no sirve para nada. El que se regodea en la tristeza en realidad es feliz en ese regodeo.

Waldo también cambia de registro.

WALDO

No tengo ningún problema en ocultarte todo lo que me pasa.

JULIA

Eso está bastante bien.

WALDO

A cambio prometo no preguntarte absolutamente nada.

JULIA

Mejor todavía.

WALDO

No me interesa si tenés marido, hijos, amante. No me interesa si vivís sola. No me interesa saber por qué estás acá hablando conmigo, en vez de emplear tu tiempo de una manera menos tonta. Ni siquiera me interesa si querés tomar un café o una cerveza.

JULIA

Así se habla. Además ya tomé.

WALDO

Por mi parte nada hay tan ridículo como haberte llamado para no decirte nada que lo justifique. Pero la vida está llena de pequeñas ridiculeces. Así que no me arrepiento. Después de todo, a alguien como vos, que decide aceptar la invitación de un necio, bien se la puede castigar haciéndole perder el tiempo penosamente.

JULIA

Estoy completamente de acuerdo. Para eso están los necios. Para hacernos perder el tiempo. Qué tanto.

WALDO

No podría decirlo mejor.

JULIA

Muy bien. Ahora estamos conversando.

WALDO

Sí señor.

JULIA

Aquí me tenés. Podés pedirme lo que quieras. Yo me voy a encargar de que no lo tengas.

WALDO

Eso sí es emocionante. Tener la certeza de que no cuento ni contaría con vos en ninguna circunstancia.

JULIA

Eso es. Y a la vez tener la seguridad de que sos incapaz de mover un dedo por mí.

WALDO

Seguridad absoluta.

JULIA

Qué suerte que no nos hayamos conocido antes.

WALDO

Los hermosos momentos que nos habríamos perdido.

JULIA

Habernos ahorrado todo ese romanticismo decadente. (Deteniéndose en la "m") Esas imberbes declaraciones que te hacen parecer un pusilánime.

WALDO

Qué bien te sale el "imberbe".

JULIA

No te rebajes a elogiarme ni por un instante.

WALDO

¿Por qué? ¿Me vas a morder?

JULIA

Yo no muerdo. Salvo que me lo pidan.

WALDO

¿Y quién podría pedírtelo? ¿A quién le puede importar, por ejemplo si dormís desnuda o en pijama?

JULIA

Sólo a los pusilánimes.

WALDO

Obsecuentes inseguros que sólo piensan en agradar.

Gran pausa. Les cuesta ocultar la risa.

JULIA
¿Vivís cerca?

WALDO
Si lo que estás preguntando es una simple curiosidad, estás a punto de arruinar una formidable conversación.

JULIA
Me extraña que creas que sólo tengo curiosidad.

Ya no pueden evitar la sonrisa.

WALDO
Entonces respondo que te importa un carajo si vivo cerca o lejos.

Julia se pone de pie, exultante.

JULIA
Seguime, imbécil.

*Julia sale.
Waldo va a salir, pero advierte el pocillo vacío. Se apresura a dejar unos billetes sobre la mesa y la sigue.*

Siete
CASA DE WALDO

Waldo entra lentamente. Se echa en un sillón. Parece relajado. Mira el techo. Luego, por un instante, mira hacia la salida de la cocina, presumiblemente buscando a Ana. Vuelve a su posición. Por el lado opuesto entra Ana. Hay una larga pausa.

ANA
Se te ve cada vez peor.

WALDO
Y a vos mejor.

Pausa. Ana se le pone delante. Se arrodilla frente a él.

ANA
¿Qué pasa, Waldo?

Waldo cierra los ojos.

WALDO
Me perturba la certeza de que en algún momento te vas a ir.

ANA
(Sonriente) ¿No será lo único que te tranquiliza?

Pausa. Waldo no responde.

¿Querés que me quede con vos?

WALDO
Es evidente.

ANA
Entonces nunca me voy a ir.

WALDO
No me lo podés prometer.

ANA
No me hace falta. ¿A vos te hace falta?

Pausa. Waldo la mira.

WALDO
Me estoy acostumbrando a no responder preguntas idiotas.

Pausa.

ANA
Yo creo que algún día vas a querer que me vaya.

WALDO
(Suavemente irónico) Qué linda que sos.

ANA
Para nada. (Se toca el pelo como si se sintiera sucia, promiscua y desgraciada)
Tengo el pelo a la miseria.

WALDO
Tenés el pelo hermoso.

ANA
(Tocándose el rostro) Y el cutis destrozado.
Waldo se deja caer la cabeza en el sillón y queda nuevamente con la mirada hacia la altura.

WALDO
¿Por qué estamos hablando de esto?
Pausa.

WALDO

¿Por qué estamos hablando de esto o de cualquier cosa? ¿Por qué estamos hablando?

Pausa

ANA

(Leve) ¿Y vos qué creés?

Pausa. De pronto, Waldo, encendido.

WALDO

Hay una tercera opción.

ANA

¿A ver?

WALDO

Un buen suicidio.

ANA

¿Qué?

WALDO

¿No te parece un viaje asombroso?

ANA

Por supuesto que no.

WALDO

Me refiero a un suicidio metódico y calculado.

ANA

Me parece una idea espantosa.

WALDO

El viaje al siglo dieciocho es complicado. Imaginate en cambio, viajar así, con lo puesto.

ANA

No, Waldo. Si te suicidás, te desnudan. La cosa se judicializa. Te hacen una autopsia. No parece sencillo, ni mucho menos asombroso.

WALDO

Pero no te gusta el agujero de gusano.

ANA

Un horror.

WALDO

Y el teletransporte es riesgoso. Se puede colar una mosca. No toleraría ser zumbón.

ANA

Bueno, sos un poco zumbón.

WALDO

¿Entonces?

Larga pausa.

ANA

¿Pudiste trabajar?

Waldo, hastiado, no necesita responder.

Sin dormir no se puede.

WALDO

Es lo que hay.

ANA

¿Y una pastillita?

WALDO

No tengo.

ANA

Tomá una de las mías. Me quedaron en la mesa de luz.

WALDO

Las tiré.

ANA

¿Por qué?

WALDO

Porque se me dio la gana.

ANA

Y si no trabajás afuera, ¿por qué volvés tan tarde?

Se observan largamente.

WALDO

Porque extraño tu silencio. Ese silencio de espejo que empañaba el aliento. Ahora estás llena de sonido.

ANA

Yo llena de sonido y vos zumbón. Somos una pareja de novela. Lástima que no escribís.

WALDO

Estar enamorado es un calvario.

Ana, incólume, se acomoda el cabello y cambia completamente de actitud.

ANA

Pero, al menos decís que se me ve bien.

WALDO

(Sorprendido, la mira) Sí.

ANA

¿No estoy demacrada?

Pausa.

WALDO

No. Estás mucho mejor.

ANA

¿Y te sigo gustando?

WALDO

(Despacio) Sí.

ANA

Aunque esté llena de sonido.

Pausa. Tocado, Waldo contesta, tenue.

WALDO

Sí.

Ana no le cree.

ANA

¿No lo dirás de zumbón, nomás?

*Le da una pequeña palmada a Waldo sobre su mano cerrada.
Tras un instante, sale.*

Ocho
CASA DE JULIA

Julia y Waldo están sentados, de cara al frente. Ella, por delante, tiene apoyada la cabeza sobre el pecho de él. Waldo le toma el pelo suelto y se lo acaricia lentamente, lo separa, lo deja caer. Debajo de su serenidad se adivina la tristeza.

Hay muy baja luz, salvo la que baña caprichosamente una copa de vino. Julia y Waldo deslizan las palabras como si las asaran a fuego lento.

JULIA

Manteca, crema y manzana.

WALDO

Oliva, foie gras y armañac.

Julia piensa, sonriendo.

JULIA

Aceitunas, finas hierbas y tomate.

WALDO

Jamón, hongos frescos... (duda) ...cerveza.

JULIA

(Veloz) Papas, cerdo, panceta y marsala.

Pausa. Julia le mira los ojos.

WALDO

Ragout de cordero.

Waldo le mira la boca.

JULIA

Trucha al vino blanco.

Julia posa sus labios apenas sobre los de Waldo.

WALDO

(Lentamente) Unas buenas croquetas con queso manchego.

JULIA

(Lentamente) Un buen costillar de novillo con mucho, mucho vino.

Waldo le pasa el dedo por los labios.

¿Conocés Praga?

WALDO
Sí.

JULIA
Sería hermoso que fuéramos. Ahí no pasa el tiempo.

WALDO
Aquí tampoco.

Pausa. Ambos se ensombrecen sin saber por qué.

JULIA
¿Viajaste mucho?

WALDO
Mucho

JULIA
¿Y qué ciudad te gusta?

WALDO
Ninguna. Cuando viajas demasiado tu identidad empieza a vacilar. Ya no sabes dónde estás ni qué te gusta. Dependés más de la tarde que de la arquitectura. Prefiero otro tipo de viaje.

JULIA
(Recordando) Ah.

WALDO
A las ciudades no viajo por placer, sino por trabajo.

Pausa. Julia lo observa de costado.

JULIA
Hay algo que no entiendo. ¿Por qué no podés trabajar en tu casa?

Pausa.

WALDO
No es un buen lugar.

JULIA
(Con cuidado) ¿Y aquí, podrías trabajar?

WALDO
No estoy seguro. (La mira) Pero aquí al menos jugamos.

JULIA
¿Y en tu casa tampoco podríamos jugar?

Silencio. Waldo apoya la cabeza. Trata de ocultar su vago hastío y la alarma que le produce la pregunta. Julia lo advierte y gira sobre sí, para verlo mejor.

¿Por qué nunca vamos a tu casa?

WALDO

La tuya es mucho mejor.

JULIA

¿En qué sentido?

WALDO

En todos.

JULIA

Me gustaría evaluarlo por mí misma.

WALDO

No me parece necesario.

JULIA

A mí sí.

WALDO

Te digo que mi casa no es un buen lugar.

JULIA

No me querés ahí.

WALDO

Yo tampoco me quiero ahí.

Pausa

JULIA

Algún motivo tenés para no quererme ahí.

WALDO

Te digo que yo tampoco me quiero ahí.

JULIA

Eso tendrá también su motivo, y seguro es más importante de lo que te gustaría confesar.

WALDO

No hay un motivo.

JULIA

¿Hay más de uno?

WALDO
No.

JULIA
Entonces vayamos a tu casa.

WALDO
Ya estamos acá.

JULIA
Mañana.

WALDO
No.

JULIA
El sábado.

WALDO
No insistas.

Pausa.

JULIA
Al menos en algo no estás confundido.

WALDO
No puedo creer que salgas con eso. Vos, que evitás hasta las preguntas inevitables.

JULIA
Eso si no me están evitando.

WALDO
¿Qué es lo que querés?

Pausa. Julia tarda en articular lo que dirá.

JULIA
Saber.

WALDO
¿Qué?

JULIA
No sé qué tengo que preguntar.

Pausa

WALDO

Digamos que hay un motivo para no ir a mi casa. Digamos también que no me gusta confesarlo.

JULIA

Falta que digamos que te estoy compartiendo con alguien.

WALDO

Eso corre por tu cuenta.

Julia se separa levemente de Waldo.

JULIA

No quiero hacer la pregunta que arruinaría la conversación.

WALDO

No la hagas.

JULIA

Pero sería honorable que dijeras algo que me tranquilizara. O que me permitiera pedirte que te vayas, o echarte a patadas, según la gravedad.

WALDO

(Extemporáneamente ingenioso) Eso siempre está en tus pies.

Pausa. Julia se irrita.

JULIA

¿Te hacés el gracioso ahora?

Waldo no sabe contener la situación. Se inquieta.

WALDO

No puedo hablar de lo que querés que hable.

JULIA

¿Por qué?

WALDO

Para no perder el poco respeto que me tengo.

JULIA

Algo vas a tener que decir.

WALDO

No lo veo necesario.

JULIA

Yo veo necesario entender dónde estoy, y con quién.

WALDO
Estás en tu casa, conmigo.

JULIA
No me tomes por idiota.

WALDO
¿Qué tiene de importante lo que no entendemos? Y si acaso fuera importante, ¿no es justamente porque no lo entendemos? ¿Y qué te hace suponer que yo entiendo perfectamente los motivos que no puedo confesar?

JULIA
No creo que no los entiendas, ni mucho menos que si no los confesás es porque no puedas.

WALDO
Vas a tener que creerme.

JULIA
¿Por qué?

Pausa

WALDO
Yo no insisto sobre lo que no querés hablar. Pido lo mismo.

JULIA
No hay nada de lo que no te hablaría.

WALDO
¿En serio me lo decís?

JULIA
Una cosa es odiar las preguntas estúpidas. Y otra es que no poder responderlas.

WALDO
¿Y por qué te parece que tus preguntas son menos estúpidas que las mías?

JULIA
Porque lo estúpido es preguntar lo que ya se sabe. ¿Qué me preguntarías que honestamente desconocés?

Waldo no responde.

Ahora decime si la única pregunta que te hago es una pregunta estúpida. Es muy fácil. ¿Por qué no puedo ir a tu casa?

Waldo se incorpora levemente.

WALDO

No. No es tan fácil.

Waldo se pone de pie, se mueve apenas por la habitación, equivoco, perdido e indeciso.

JULIA

Poneme a prueba. ¿Te creés que voy a salir corriendo como vos estás a punto de hacer ahora?

WALDO

Perdón. No puedo con esto.

Pausa. Julia se vuelve. Luego vuelve a mirarlo.

JULIA

¿Por qué estás conmigo?

WALDO

Porque me resulta maravilloso.

JULIA

(Artera)

Se nota.

WALDO

Y porque te gusta estar conmigo a pesar de mí mismo.

JULIA

Sos un poco arrogante.

WALDO

Soy un poco desdichado. No vas a descubrirlo recién ahora.

JULIA

No sé nada de eso. Nunca me hablás de eso.

WALDO

Todo hubiera estado bien si solamente fueras maravillosa, o si solamente yo fuera desdichado. Pero las cosas crecen, siempre. Eso requiere de una fortaleza que no tengo.

JULIA

Eso es mierda. Cualquier cosa con tal de no poner las pelotas sobre la mesa y hablarme. Háblame. No puede ser tan difícil.

Gran pausa. Waldo se prepara para salir.

WALDO

Y sin embargo es difícil.

Waldo se viste. Por un instante ella lo observa vestirse en un silencio inquieto. Luego reacciona. Salta sobre él y lo persigue. Le da pequeños golpes.

JULIA

No seas hijo de puta. Decime algo. ¿Estás casado? ¿Estás muriéndote? ¿Sos homosexual? ¿Tenés sida? ¿Sos sifilítico? ¿Tenés 18 mujeres? ¿Sos facho? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué tenés? ¿Escorbuto, fiebre reumática? ¿Se te caen los dientes? ¿Tenés seborrea? (Lo toma de los brazos) Rajate a la mierda si querés, pero hablá conmigo primero. Hablá conmigo. Decime las cosas en la cara. ¿Cómo supones que da lo mismo que me hables o no?

Waldo se quita lo más suavemente que puede las manos Julia de sus antebrazos. Luego se pone el saco y se dirige a la puerta. Se detiene. Por un instante piensa en volverse, en mirarla una vez más, en correr hasta ella y besarla. Pero no hace nada de eso. Se toma un instante la frente. Luego, con extrema delicadeza, sale.

Nueve
CASA DE WALDO

Waldo sentado en el sillón. Ana detrás de él apoyada sobre el respaldo. Ella, curiosa, espía de un costado. Él, seco, se separa hacia el otro. Ella espía del otro costado. Waldo cierra el apunte, molesto.

WALDO

¿No habrá alguna otra cosa que nunca me contaste?

ANA

Sí, claro. Te oculté muchas cosas.

WALDO

¿En serio?

ANA

Llevaría tiempo enumerarlas.

WALDO

Y no estás en condiciones de contarme alguna.

ANA

No.

WALDO

¿Por qué?

ANA

Llevaría tiempo explicarte el motivo.

WALDO
Tenemos tiempo.

ANA
¿Sí?

Pausa. Waldo se mantiene en silencio.

Yo creo que no.

Pausa

WALDO
Hay algo que yo no te conté nunca.

ANA
¿A ver?

WALDO
(No del todo juguetón) Llevaría tiempo contártelo.

Ana sonríe. Se incorpora, le dirige una mirada, cuya superioridad ella misma no sabe de dónde le viene. Gira y se va.

Waldo hace un gesto para detenerla pero no lo logra. Solo, se quita los anteojos. Por un instante juguetea con ellos, hundido en sus pensamientos.

Suena el timbre.

Waldo se sobresalta. Mira hacia los costados y se incorpora. Se acomoda la camisa dentro del pantalón y va hacia la puerta. Espía por la mirilla y retrocede, aterrado.

Por un instante se dirige al lugar por donde salió Ana. Luego se detiene. Se toma un instante..

*Luego se acomoda el cabello y vuelve a la puerta de entrada. Abre.
Un instante de silencio.*

WALDO
Pasá.

Luego de un momento, lentamente, entra Julia.

Lleva una vasta cartera al hombro. Se la ve desencajada, tal vez ha llorado.

Observa a su alrededor, curiosa y perdida.

Pausa larguísima.

JULIA
¿Me puedo sentar?

Waldo consiente con un gesto. Julia se sienta.

Pausa.

WALDO
¿Cómo me encontraste?

JULIA
(Sería, casi burlándose) Soy buena. Tenés que reconocerlo.

WALDO
Sí. Sos buena. Mi dirección no está ni siquiera en...

JULIA
Te seguí.

Pausa. Lo repite con horror.

Te seguí.

Silencio.

De pronto Julia se levanta de su silla y recorre el espacio, merodea, se acerca a las salidas, espía sin precisión.

JULIA
¿Qué es lo que no puedo ver?

WALDO
(Suave) Sentate.

JULIA
No hace falta que disimules. Ya sé que no soy bienvenida. Me repugna haberte seguido.

WALDO
Sentate.

JULIA
Y es razonable que a vos también te repugne. No es necesario que me lo aclares.

WALDO
Julia. (Lento) Sentate.

JULIA
Una cree que sabe por qué hace las cosas. Pero lo cierto es que no. (Casi quebrándose) No sé por qué te metí en mi cabeza tan filosamente. ¿Quién sos, al fin de cuentas? Es ridículo.

WALDO
Sentate, por favor.

JULIA

No vengo a mendigar nada. Ni siquiera me queda curiosidad. Vine porque sí. Porque te quiero. Porque sos un estúpido de mierda.

WALDO

Yo también te quiero.

JULIA

No me abochornes. No tendría que haber venido

WALDO

Ya estás aquí. (Suave) Me gusta que finalmente estés aquí.

JULIA

Eso no tiene sentido.

WALDO

(Algo firme) Sentate, Julia.

Pausa. Se queda mirándolo.

Con extrema morosidad, Julia por fin se sienta.

Waldo se sienta frente a ella. Sonríe con suavidad. Julia vuelve a mirar a su alrededor, inquieta, sin saber bien qué decir.

JULIA

Entonces... ¿No estás muriéndote?

WALDO

No. Ni siquiera tengo seborrea

Les sobrevienen mínimas sonrisas.

¿Por qué te pusieron Julia?

JULIA

(Aún consternada) Por Julie Andrews.

Waldo ríe con levedad.

¿Y a vos? ¿Por qué Waldo?

WALDO

Por Waldo de los Ríos. (Julia parece no saber de quién habla) Un músico que le gustaba a mis viejos. Hacía Mozart con batería.

Julia se afloja. Sueltan una risa nerviosa. A Julia la congoja se le trepa.

Yo soy como él. Le agrego ruido a lo perfecto. Salvo que él lo hacía con estilo. Yo tiendo a perder lo perfecto y siempre me queda el ruido.

JULIA

(Sonriendo mientras seca sus lágrimas) Serás muy editor. Pero decís las mismas pavadas que los escritores.

Waldo ríe.

WALDO

Es cierto. Somos insoportables.

Julia se sorprende.

JULIA

Ah. Sos escritor.

WALDO

No en el fondo. Los escritores saben viajar. Y habrás visto que yo no.

JULIA

¿Y qué escribís?

Waldo saca de entre los papeles la carpeta de cuero.

WALDO

Tengo una novela por la mitad.

JULIA

¿Y cómo va?

WALDO

Mal.

Waldo vuelve a guardar la carpeta bajo los papeles, casi escondiéndola.

JULIA

Soy buena lectora. Puedo ayudarte.

WALDO

(Amable pero terminante) Por ahora no.

Julia se siente incómoda por su propio avance.

Suavemente, en increíble silencio, entra Ana. Se queda demorada, a un costado de la escena. Waldo alcanza a verla. Continúa hablándole a Julia.

No es fácil de explicar. Pasó algo que me impide seguir escribiendo. Bueno, en realidad me impide casi cualquier cosa.

Pausa.

JULIA

(Consternada, y ya sin fuerzas) ¿Qué pasó?

Ana se aproxima. Se sienta junto a Waldo, lo mira sólo a él. Su rostro es inescrutable. Llamativamente, Julia no la ve.

WALDO

No sé muy bien cómo decirte esto. O, en realidad, no quería escuchármelo decir.

JULIA

No te sientas en la obligación de decir nada.

WALDO

Eso no te lo creés ni vos misma.

Julia baja la cabeza.

Así que parece que voy a decírtelo.

Por un instante observa a Ana. Ana mira al piso y se quita el pelo e la cara. Julia, sentada, alcanza el colmo de la intriga.

Estuve casado. Con Ana. Cinco años. Éramos un buen equipo. Nos inventamos una vida linda, de esas que tienen todo y nada que ver con la inteligencia. Nos íbamos de viaje todo el tiempo, incluso si no nos movíamos de casa. Teníamos la cabeza bastante puesta en el otro, en las preferencias del otro. Nos calmábamos mutuamente las obsesiones. Éramos cómplices a tiempo completo.

Pausa. Algo tiembla en el interior de Waldo. Habla como sacándose el asunto de encima.

Pero cuando menos lo imaginás, la naturaleza encuentra nuestros puntos más débiles.

Se frota la frente con los dedos.

Salió a comprar pan y... (casi sacándose la frase de encima)... un micro se la llevó por delante.

Pausa muy larga.

Bueno... se fue....

Julia, petrificada, ha clavado los ojos en Waldo, que pelea por no perder el control.

Tardé mucho en entender lo que estaba pasando. Simplemente no me lo creía. Teníamos cosas pendientes por charlar, por resolver. No era posible dejarlas ahí. Pero un día salí de mi confusión. Me di cuenta de que no volvería a escucharla ni a hablarle nunca. Que toda la felicidad que el tiempo nos había consentido era en realidad una burla.

Se detiene, para no quebrarse.

Hay veces en que uno siente que la vida no tiene sentido. Pero cuando realmente no lo tiene, créeme que te das cuenta.

Julia acerca su mano como para tocar la mano de Waldo. Waldo no lo advierte. Julia duda y finalmente se queda con la mano sobre su regazo.

Empecé a tomar pastillas. Muchas. Muchas pastillas. Me trasformé en una entidad vacía. Se me escurrieron los sentidos por un río violento, y me dejé llevar, sin resistirme. No hablaba con nadie.

Waldo parece no controlarse. Se quita los anteojos.

No es que quisiera matarme. Ya sabés que soy un poco cobarde. Pero parecía que la vida se me iba de a poco. Dejé pasar los días preguntándome cosas triviales, porque si por un segundo me dejaba inundar por la verdad, la cabeza me podía estallar en pedazos.

Inspira hondo

La editorial, supongo que, para ayudarme, me mandaba de viaje. Así que desarrollé el vicio de dejar que me mandaran a cualquier lado. Viajé como un loco. Pero en el fondo sabía que eso al pedo. Porque (señalándose la sien) aquí, Ana no me dejaba. Ni podía aceptar razonablemente que me dejara. La veía. La soñaba todos los días. Por las mañanas recordaba charlas enteras, específicas. A veces las transcribía para no olvidarlas.

Toma los anteojos, pero no se los pone. Junta valor para decir lo que sigue. Y pasó que una de esas mañanas, buscando mi quinto o sexto café, la encontré sentada en la cocina, esperándome.

Ana baja la cabeza. Se hace un rulo en el cabello.

En ningún momento me alarmó que volviera. Era algo que había deseado desesperadamente. No podía ver en eso nada terrible. No hay nada terrible en eso. No lo hay. Ahora era yo el que se burlaba. Cualquier forma de burlar a la muerte es una victoria.

Mira un instante a Ana. Luego vuelve a Julia.

Entonces dejé las pastillas, necesitaba concentrarme. Así pude reanudar las charlas cara a cara, con naturalidad. Sin escalofríos, sin horror. Sin melancolía. Con esa orgullosa tristeza que no sirve para nada.

Julia reconoce sus propias palabras. Se pasa un dedo por el párpado inferior. A Waldo le brota una sonrisa entrecortada.

Hay que reconocer que es un poco testaruda y discute bastante. Eso no me gusta del todo. Sigue teniendo una profunda convicción en sus ideas, y resulta bastante enfática para manifestarlas. Pero agradezco que me siga hablando, aunque, como habrás visto, eso hace que no pueda trabajar aquí. (Se rasca la barbilla) Lo cierto es que esta nueva tristeza es ahora serena. Ella la hizo serena. A veces tengo miedo de que Ana se vaya definitivamente. O en realidad, le tengo terror a la locura que puede trepárseme si la dejo ir.

*Un largo silencio se apodera de la escena.
Julia mira apenas a su alrededor. Pregunta con extremo cuidado.*

JULIA
Ella... Ana... ¿está aquí en este momento?

*Waldo se muerde el labio inferior. Mira a Julia largamente.
Luego mira a Ana y, con lánguida parsimonia, la señala.*

WALDO
Ahí.

Julia mira, hacia el mismo lugar, al vacío. Desolada, junta las manos sobre su boca.

No te preocupes. Estoy loco, pero sé que no es ella. Es que me acostumbré un poco a tenerla de nuevo. Me cuesta matar el dolor, porque tengo miedo de matar la alegría de recordarla. No tiene por qué ser así. Ya sé.

*Se contrae, algo avergonzado.
Así que falta que un día termine de dejar que se vaya. Me cuesta un poco.*

JULIA
(Consternada) ¿La ves... (se corrige) ¿Hablás con ella... aquí solamente... o en todos lados?

WALDO
Aquí solamente.

*Pausa.
Julia se debate en silencio.
Waldo lo advierte, y sonríe, sereno.*

WALDO
Este es el momento en que mirás el reloj, me decís que justo tenés que irte, y salís disparada lo más lejos que te den las piernas.

JULIA
¿Estás muy seguro de eso?

WALDO
Sería bastante razonable. Ya hay suficientes monstruos en el mundo. No hace falta cargar además con fantasmas.

*Pausa.
Julia tose apenas para aclararse la voz*

JULIA
Voy a irme, sí. Tengo mucho que pensar.

WALDO
Me parece bien.

JULIA
Pero no voy a huir. ¿Por qué huiría?

WALDO
Se me ocurre una buena razón.

JULIA
A mí no.

WALDO
Lo importante es que vas a irte.

JULIA
No creo que sea eso lo importante.

WALDO
(Reconviniéndola) Ana está muerta, y sin embargo la veo.

JULIA
Eso ya lo entendí.

WALDO
Hablo con ella, la escucho.

JULIA
Eso también lo entendí.

WALDO
Sería desconcertante que no tuvieras miedo de estar hablando con un loco.

JULIA
Lo desconcertante sería que tuvieras tantas ganas de que te tomase por loco.

WALDO
¿Y no es así?

JULIA
Me diste motivos para pensar. En esta época alguien que te haga pensar dista mucho de estar loco.

Pausa. Waldo sonríe.

WALDO
O a lo mejor también estás loca.

JULIA
Estoy loca de remate ¿Recién te das cuenta?

Waldo acepta la amable complicidad de Julia. Pero Julia no vence su consternación.

Tengo que confesar que Ana me puso horriblemente celosa. (Se seca la cara)
Así que ya ves lo loca que estoy.

Por un momento se quedan sentados, sin saber si la conversación ha terminado.

Luego de vagos amagues, Julia se levanta y en seguida lo hace Waldo. Se dirigen a la puerta.

Antes de salir, Julia habla con la cristalina torpeza del anhelo.

Supongo que voy a esperar que quieras llamarme alguna vez. Ya sabés que me gusta perder mi tiempo penosamente con necios.

Pausa. Lo mira a los ojos, emocionada.

Te preguntarás si contás conmigo para competir con un fantasma. Yo te voy a decir para qué contás conmigo.

Digna.

Contás conmigo para no contarme nada de lo que te pasa. Contás conmigo para pedirme lo que quieras. Yo me voy a encargar de que no lo tengas. Podes mantener la certeza de que soy incapaz de mover un dedo por vos, de rechazarte sistemáticamente cada vez que me hagas preguntas, sean o no estúpidas. (Pequeño silencio) Y una cosa más. Si bien me gustan las croquetas con queso manchego, no me gusta que me roben la mesa, ni que me paguen el café. No te olvides de que si me lo piden, muerdo.

Julia se le acerca y lo besa en la mejilla. Luego, gira sobre sí sencilla, imprecisa y adorable. Sale.

Waldo queda un segundo mirando el lugar por donde salió. Luego baja la cabeza, y tras un instante vuelve. Ana se ha sentado donde estaba Julia.

Durante todo el diálogo precedente nunca la ha mirado.

Waldo se sienta. Ana sonríe, casi al extremo de la burla.

ANA

(Sonriente) Este viaje termina acá. ¿No te parece?

Pausa.

La mujer que se ahoga... mmm... no sé. Tenés razón. Tengo una idea mejor para que termines esa novela de una vez.

Toma una la carpeta de cuero. Waldo se la arrebató con suavidad

Ana le dice, secreta, como si nunca lo hubiera dicho.

Hay algo que nunca te conté...

WALDO
(Lento) ¿A ver?

Pausa.

ANA
Me encantan las leyendas celtas.

WALDO
¿Y eso desde cuándo?

ANA
Desde que me las contaba mi tío Aníbal, mientras yo levitaba.

*Ana se concentra. Waldo también.
Entonces Ana discurre con enorme paz.*

No se sabe si porque los viejos son todos cuenteros, o porque la naturaleza es caprichosa como ella sola, parece que un pueblo vino a quedar sumergido bajo las aguas. Los más viejos echaron la culpa al demonio, a los vicios de los pueblerinos, al prostíbulo. Los más jóvenes le echaron la culpa al alcalde, a los ingenieros y al dique. Pero lo cierto es que se fueron todos. Y dejaron al pueblo ahí, abandonado bajo el agua, como un cetáceo de piedra.

Waldo contiene alguna lágrima.

Pero vino a suceder que, por otros caprichos de la naturaleza loca, durante un tiempo breve las aguas bajaron. Y como bajaron, asomó la cúpula de la catedral, como flotando en el lago, con su campanario tocado por las olas suaves. Esas campanas deben haber sido dichosas. Nada hay como volver a cantar cuando estabas mudo.

Ana se pone de pie.

Pero ninguna dicha es para siempre. Las aguas volvieron. Nada puede detenerlas. Y el campanario se hundió definitivamente y dejó de escucharse. Íntima.
Dejó de escucharse. Lo que no se sabe es si dejó de cantar.

Ana toma clara distancia.

Yo puedo escuchar ese canto, esas campanas gritando locas de dicha. No importa que estén cubiertas de agua. Puedo ver esa hermosa catedral, ese campanario empapado y feliz, que se burla de su propio aliento sumergido. Cuando la tarde baja, cuando el tiempo se escapa sin que lo notemos, si el silencio es modesto, si es invitante, yo puedo escuchar esas campanas, con solo mirar la superficie del agua.

Mira a Waldo

¿Y vos? ¿Las escuchás?

*Waldo no le devuelve la mirada, permanece concentrado.
Ana, pacíficamente, se pone de pie y desaparece en extremo silencio.
Waldo saca la carpeta de cuero y se pone a escribir fervorosamente.*

La luz decae con lentitud.

FIN

Enrique Papatino
Correo electrónico: epapatino@gmail.com

Edición a cargo de Centro Latinoamericano de Creación e Investigación
Teatral CELCIT
Todos los derechos reservados Buenos Aires. (2020)

Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral CELCIT
"45 años promoviendo el teatro latinoamericano"
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar